

CARMEN
CONDE

EL
CABALLERO
DE



LA MANO EN EL PECHO



Algunos discursos —devolviendo a esta palabra el rango que le quitaron los hombres fáciles—, no se salvan ni poniéndose una mano en el pecho.

Ni siquiera cuando encima hay una gola maravillosamente rígida, resbala una cadena de oro bajo los dedos, y, al final, está la empuñadura de una espada pulida y orgullosa como la cabeza de un adolescente.

La mano que asoma como el cuello de un cisne por su orla de encajes de lanceoladas hojas, sabemos que está muerta: abandonada después de haberla besado hasta notarla dura sobre el pecho tibio aún. Los dedos son más rígidos que la gola y hacen un signo dramático uniéndose dos en pareja, para alejarse de los otros muy separados.

A la cabeza de la mano muerta no se le han cerrado todavía los ojos. En ellos se han detenido los paisajes y las últimas palabras, y brillan opacamente, con inconfundible fijeza, como

en un agua que se está helando, las cosas que no pueden hacerse hielo.

La raza medieval es la que viste de líneas rectas la ausente movilidad del rostro oscuro.

De más allá suben la barba negra y el bigote que se vuelca a la gola de encajes.

Es una oliva seca pero bien plantada, la cabeza con frente en cúspide.

¡Cómo se engañarían los ojos helados que reflejan cosas calientes y apaciguadas, si no fuera por esta mano muerta, tiesa, toda hueso fino y afilado, que remata el discurso de la vida española en un pedazo de tela sombría al que se asoma un Escorial con su cortejo de fantasmas!

(Hago como si no escuchara.

Miro los ojos. La espada. Pero sonrío al sol, prefiero los ángeles.

Esta mano abierta, con los dedos, dos, juntos, que se apartan de los otros, es la tierra, es mi patria, invocando su pesantez, su historia...)